

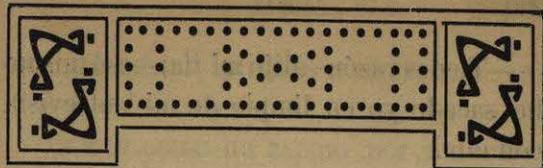
Yecla, y después de una gran reverencia, dijo á mi tía.

—La Sra. Duquesa, que siente mucho no poder atender hoy, como quisiera, á la señora Condesa, porque el Sr. Duque ha tenido un ataque y está muy grave... Dice que ya avisará á Vucencia otro día.

—¡Dígale que no se moleste!... ¡Á quien hay que avisar aquí es al Juez de primera instancia!—dije yo en uno de esos brotes irreflexivos de cólera, de que tiene uno á veces que arrepentirse toda la vida.

En el momento de arrancar el coche, llegó Boni muy apresurado y nos dijo con mucho misterio:

—El Sr. Duque no tiene nada... ¡Pame-  
mas de la Sra. Duquesa!... Un ataque de nervios como tiene diez mil al cabo del día... La cosa está hecha, y esta noche remataré yo la suerte, después que le dé las friegas...



## XIX

No bien el coche se puso en movimiento, apresuréme á dar cuenta á mi tía de mi entrevista con el Duque de Yecla, y de la profunda convicción que ella me había dejado. Para mí era ya evidente que, estando el Duque muy en su seso, se hallaba, sin embargo, preso y acobardado en las garras de Rita Bollullo, como un tímido gorrión entre las de un cernícalo: que el desdichado padre ansiaba por su hijo y deseaba verle y perdonarle, y que los inicuos manejos de la madrastra eran los que les separaban y pretendían enconarles.

Imposible era, por lo tanto, esperar nada de provecho de aquel mísero anciano de voluntad atrofiada y débil razón, mientras estuviese bajo el despotismo y la influencia de aquella mujer grosera y mal intencionada.

—Tienes razón—dijo mi tía;—eso mismo he sacado yo en limpio de mi entrevista con ella.

Refirióme entonces detalladamente cómo se había efectuado ésta.

Tardó en bajar, en efecto, Rita Bollullo la media hora que profetizó Bonifacio; al cabo de este tiempo entró en el salón con su pasito menudo y presuroso, diciendo con remilgada cursería:

—¡Isabelina querida!... ¡Tanto bueno por mi casa!...

Y le plantó un beso en cada mejilla y la condujo abrazada por la cintura, como amiga íntima, á un sofá vecino á la puerta.

Aparentaba rita Bollullo algunos años menos que la de Astures, y tenía la pretensión de *no tener pretensiones*. Era alta y bien formada, y debió ser en su juventud una de esas *buenas mozas* vulgares, que se encuentran á montones por la mañana en el mercado.

Apretábase tan extremadamente el corsé, para disimular la obesidad que invadía su persona, que comunicaba á toda ella, con esta opresión, una tiesura, un cierto empaque de maniquí de modista, que

completaba lo pintado y charolado de su cara, cabellos y cejas.

Negra como un zapato por naturaleza, enjalbegábase, según la frase de Boni, con una capa de albayalde tan espesa, que entorpecía la movilidad de sus facciones, dándole el frío aspecto de una mascarilla de yeso sin expresión y sin vida.

Vestía siempre, con gran alarde de sencillez, un modesto hábito del Carmen; mas aquella mañana, en honor, sin duda, de la ilustre visita, llevaba dos magníficos solitarios en las orejas y un rico broche de oro en el cuello con el escudo del Carmen esmaltado.

Antes de sentarse miró para todas partes extrañada y preguntó á mi tía.

—Pero ¿no venía contigo tu sobrino Burenda?...

—Sí—replicó ésta,—pero se ha ido á ver no sé qué cosas con un criado viejo, que le conoce desde chico.

Pareció la de Yecla quedar satisfecha con la respuesta, y mi tía, sin darle tiempo á preguntar más, expuso hábilmente el objeto de su visita, excusando lo intempestivo de la hora con la urgencia del caso, pues aquella misma tarde debía ella dar

cuenta en la Junta del nombramiento de vicepresidenta.

Dilatóse el rostro de la de Yecla á impulsos de la vanidad satisfecha... Y ¡qué monadas entonces!... ¡Qué arrumacos de falsa modestia!... ¡Pero ella no podía admitir en conciencia! ¡Si ella no servía para nada, para nada; ni siquiera para soldado rasol!... ¡Por otra parte, desairar á Isabelina!... ¡Qué horror!... ¡Qué espanto!... ¡Prefería ella hacer mil veces el ridículo!...

Y la Sra. Duquesa aseguraba, con los ojos en blanco y puestas las manos sobre el pecho, ¡que esto era para ella un verdadero conflicto!... Aunque, después de todo..., mirándolo bien..., pensándolo despacio..., reflexionándolo mucho, no era tan cosa del otro jueves ser vicepresidenta donde era presidenta Isabelina, la prudencia y la caridad andando... Todo se reducía á proporcionarle ocasiones de ejercitar la obra de misericordia de enseñar al que no sabe...

—¡Visitaremos juntas!... ¡Me pegaré á ti como una lapa y no haré sino lo que tú me digas, lo que tú me aconsejes!—añadió la de Yecla dejando ver el vivo deseo de toda su vida de Duquesa: ¡Intimar con la

de Astures y presentarse en público con ella!

—¡Me cayó la lotería!—pensó para sus adentros la futura víctima, calculando el censo irredimible que se le venía encima; y con su fina sonrisa la dejó proseguir su comedia.

Concertaron entonces cómo y cuándo había de tomar posesión del cargo, y la Duquesa concluyó solemnemente:

—Todo esto, por supuesto, si Marcelino me da permiso para ello...

—¡Ah!—exclamó mi tía, como si recordase de repente,—á propósito de Marcelino...

Y ansiando salirse de enredos y de tapujos que repugnaban á su carácter leal y franco, díjole entonces que el segundo objeto de su visita era pedir á Marcelino una carta de recomendación para el Capitán general del Departamento, su íntimo amigo, á fin de que conjurase éste el gran peligro que corría Boy.

Una lanza que le hubiesen clavado por el asiento, no hubiera hecho pegar á la de Yecla un salto tan repentino ni tan nervioso. En lo impensado de su sorpresa, vendióse miserablemente, dando á enten-

der que estaba harto enterada del desdichado asunto.

—¿Le han preso ya?—preguntó ansiosamente.

—No—replicó la de Astures, mirándola cara á cara con fijeza;—y justamente para evitar que llegue ese extremo, es necesaria esa carta... Paco la llevará mañana á San Fernando, y la entregará al contraalmirante Deza...

—¡Imposible!.. ¡Imposible! —gritó Rita Bollullo llevándose las manos á la cabeza.— ¡Á Marcelino no se le puede hablar de eso!...

Y como si recelase de mí de repente, preguntó alarmada:

—Y Paco, ¿dónde está?... ¿Dónde está Burunda?...

Hizo ademán de levantarse para buscarme: contúvola, sin embargo, el respeto á mi tía, y prosiguió diciendo muy agitada:

—¡Tú no sabes la manía atroz que Marcelino le ha tomado á su hijo!... Esto no puede decirse á todo el mundo; pero á ti te lo digo en confianza... ¡Es odio, verdadero odio el que le tiene á ese pobre muchacho!... Yo le digo: «¡Pero Marcelinito, por Dios y por la Virgen, que somos cristianos!... ¡Yo bien conozco que el niño es un

calavera, un perdido, todo lo que tú quieras...; pero es tu hijo, es tu primogénito y no hay más remedio que perdonarle y rogar por él y ayudarle á ser bueno!... ¡Que si quieres!... Se pone hecho una furia y le maldice, ¡Isabelina, le maldice!...

Aquí la sensible Bollullo se cubrió el rostro con el pañuelo y dejó oír unos sollozos que parecían resoplidos, murmurando como desde el fondo de una tinaja:

—¡Ay, Dios, qué Cruz tan pesada es para mí ésta!

—Así es—prosiguió al cabo de un rato de resoplidos y sollozos—que he tenido que prohibir á los criados y hasta á mis mismos hijos que le nombren delante de Marcelino... ¡Yo que siempre eduqué á mis hijos en el amor y el respeto á su hermano primogénito!... ¡Ay, qué Cruz, qué Cruz ésta tan pesada!...

Y la Srá. Duquesa se cubrió de nuevo el rostro con el pañuelo, con el cuidado necesario para no estropear su pintura, harto recienté.

Sonó en esto la campanilla del Duque, y Rita Bollullo se precipitó en la habitación de su marido, como ya he dicho, dejando á mi tía como quien ve visiones.

Y como quien ve visiones nos quedamos los dos después de comunicarnos mutuamente la impresión recibida en nuestras respectivas visitas. Largo rato caminamos en silencio, contristada la de Astures, pero completamente serena; alborotado yo y nervioso y combinando ya, en mi actividad de ardilla, aquel *plan supletorio* que había imaginado aquella misma madrugada.

Rompió al fin el silencio mi tía, diciendo para animarme:

—Esto era de temer, pero no hay nada perdido... Hoy escribiré yo misma á Deza, y mañana temprano puedes tú llevarle la carta.

Contesté yo que sí, casi maquinalmente, distraído, pensando en otra cosa, porque aunque siempre fué mi propósito hacer cuanto me indicase mi tía, embargábame ya el pensamiento el otro *plan supletorio*, invención exclusiva mía, que mi deseo y mi imaginación me daban ya por seguro, según su costumbre, y que era necesario ejecutar aquella misma tarde, si había de utilizar sus resultados en mi entrevista con Deza.

Lo primero que me hacía yo la ilusión de averiguar por este medio, era el para-

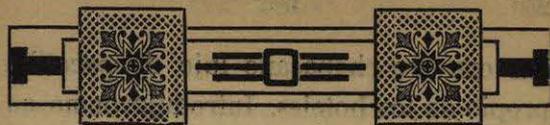
dero de Boy; ¡habíanse precipitado los sucesos de tal manera, que vista su ausencia á través de ellos, engendraban en mí cierta confusión y parecíame que habían transcurrido meses y meses! ¡Y sin embargo, aun no hacía cuarenta y ocho horas que Boy fingía dormir apaciblemente en mi cama!...

Ahora mismo, al relatar estos hechos, ya tan lejanos, siento igual confusión y estoy seguro de que el lector experimentará idéntico fenómeno.

Nada indiqué á mi tía de lo que pensaba hacer, porque, como dije antes, no me pertenecía el secreto; y porque allá en mi interior, lejos, lejos, no dejaba de escarabearme el temorcillo de que los severos principios de la de Astures reprobasen mis medios.

Vestíme, pues, aquella tarde como para hacer visitas, y sin decir una palabra á nadie de lo que proyectaba, fuíme á eso de las tres y media al hotel de Londres, donde, según ya he dicho, se hospedaba la mayor parte de la numerosa colonia madrileña.

Pregunté por la Condesa de Bureva y le pasé mi tarjeta.



## XX

No conocía yo á la Condesa de Bureva: habíala visto una sola vez, enmascarada, en el funesto baile del Casino, y no conservaba de ella otro recuerdo que la extraña impresión de miedo que me causaron sus magníficos y duros ojos negros, fijos en mí con impaciencia y con recelo, á través de la careta.

Harto comprenderá el lector lo difícil y espinoso que era abordar la cuestión que allí me llevaba. Confieso ingenuamente que por dos ó tres veces deseé lo que los pusilánimes que van á sacarse una muela: no encontrar en casa al dentista. Encontré, sin embargo, al mío y bien dispuesto á recibirme, porque sin ninguna detención me hizo pasar adelante.

Estaba alojada la Bureva en unos hermosos cuartos del piso principal, adorna-

dos con ese chabacano lujo de pacotilla propio de los hoteles. Introdujéronme en un saloncito que tenía dos puertas: una grande que daba al pasillo por donde entré yo, resguardada por un biombo; otra pequeña, de escape, que daba á los cuartos interiores.

Había cerca de una ventana una primorosa mesilla de costura, con dos butaquitas á los lados; una estaba vacía, y veíase sobre la mesa una delicada labor de lana celeste comenzada; hallábase sentada en la otra una señora que apenas frisaría en los veintiocho años. Tenía caída sobre las faldas una labor idéntica á la que estaba sobre la mesa, y abierto encima un libro inglés en que fingía leer atentamente...

Y digo que fingía leer, porque mi excelente vista de marino me permitió observar desde el biombo, que tenía el libro al revés, y no es esta la manera natural de leer ni de enterarse de los clásicos ingleses. *Shakespeare's works*, decía el título. Vi también sobre la mesa la tarjeta que yo había pasado para anunciarme.

Cerró la señora muy despacio el libro al entrar yo; púsole sobre la mesa y levantóse ceremoniosamente. Aquella mujer era

la Condesa de Bureva, que pudiera llamarse por antonomasia la de los ojos negros, tanto porque los suyos eran magníficos, como porque eran lo único notable en aquella fisonomía abultada é incorrecta y dotada, sin embargo, de esa vida, esa animación, ese misterioso atractivo que hace á algunas mujeres sin hermosura, enseñorearse por completo de la generalidad de los hombres.

Saludéla yo también con igual ceremonia, algo intimidado por aquella glacial cortesía que desde el primer momento levantaba ella entre nosotros, como una barrera que contuviese los brotes de mi expansión, á veces harto franca. Indudable era que alguien la había informado de mi carácter, y este alguien no podía ser sino el propio Boy.

Confortóme mucho la idea de que, después de todo, y dadas las circunstancias respectivas de ambos, era aquella fría reserva el único modo natural y correcto que podía y debía existir entre nosotros.

Cruzamos, pues, algunos sobrios cumplimientos y excusas y decidíme por fin á soltar el trueno chico, porque el gordo era

otro y debía venir más tarde. Díjese que por gravísimas razones que le expondría cuando ella quisiera, habíame visto obligado á molestarla con mi visita á fin de saber cuál era el paradero de mi íntimo amigo el Conde de Baza...

Púsose ella al pronto muy encarnada: encogióse después de hombros, enarcando las cejas, y envolviendo la verdad en el disimulo—pues nada sabía en efecto,—contestóme con marcada extrañeza:

—¿Yo?... No sé nada... ¿Á santo de qué había ese señor de darme á mí cuenta de sus pasos?...

Molestóme esta fingida extrañeza cuando esperaba yo alarmas súbitas, preguntas ansiosas, lamentos, comentarios angustiosos, suposiciones tristes, todas las manifestaciones, en fin, propias del amor en la incertidumbre. Díjese, pues, despechado y no fingiendo, sino mostrando á mi vez mi profunda extrañeza:

—Pero ¿no sabe usted lo que le pasa á Boy?...

—No... Nada sé... Algo he oído, sin embargo...

—¿Algo nada más?... Pues va usted á saberlo todo.

Y movido por el despecho y la fría calma de aquella mujer, que me sacaba de quicio, referíle entonces todas las aventuras de Boy, desde el momento en que se separó de ella en el baile, hasta la hora en que se fugó misteriosamente de mi casa: el asesinato de Joaquinito López, las diabólicas coincidencias que habían sobrevenido, la acusación que sobre Boy pesaba, la algarrada popular, el proceso ya incoado, concluyendo al fin con el trueno gordo, la bomba final que había de sacarle de su afectada indiferencia, y determinarla al acto heroico que yo imaginaba para salvar á nuestro desgraciado amigo.

—Claro está—le dije—que yo puedo, y lo haré aunque me cueste la vida, probar la coartada de Boy, hora por hora y minuto por minuto, hasta la una y media de la madrugada... Pero desde esta hora en adelante ignoro absolutamente qué hizo ni dónde estuvo... Preciso será que, si alguien lo sabe, se ponga de acuerdo conmigo, á fin de evitar que se condene á un inocente y se deshonne á un caballero...

Imposible me sería pintar la diversidad de afectos, fingidos unos, verdaderos otros, terribles todos, que se pintaron en el ex-

presivo rostro de aquella mujer mientras yo hablaba...

Llegó un momento en que, vencida y anonadada por aquella lucha, cogió la labor que tenía sobre las faldas y se puso á trabajar en ella para disimular su turbación, moviendo febrilmente las agujas. Mas cuando llegué á soltar la bomba final, el trueno gordo, hubo un momento de silencio en que se oía la angustiosa respiración de ambos...

Alzó ella al cabo lentamente la cabeza; fijó en mí sus ojazos, no espantados ni lacrimosos, sino duros, airados, desdeñosos, y dijo con un acento vibrante de cólera y de agresivo desprecio, que me hizo el efecto de un latigazo en el rostro:

—¿Y le ha encargado á usted él que me dé á mí ese recado?...

Desconcertóme por completo esta inesperada y aviesa respuesta, que tan malparada dejaba la caballerosidad de mi amigo, y apresuréme á protestar enérgicamente:

—¡No!... ¡No, señora!... ¡Nadie me ha encargado nada!... ¡Ni yo he visto á Boy, ni, desgraciadamente, sé dónde anda!... Cuanto yo digo y hago es por mi propia cuenta, de mi responsabilidad exclusiva, y por evi-

tar una catástrofe horrenda que veo llegar y que ya está á la puerta... Porque tenga usted por seguro que si manos amigas no sacan á Boy de este atolladero, él se pegará un tiro antes que comprometer á nadie...

Dije yo esto íntimamente convencido de su verdad, no ya irritado, sino conmovido, lloroso casi y con el tono humilde y suplicante de quien pide una limosna por amor de Dios para remediar una necesidad muy grande...

Y á renglón seguido expúsela mi plan de ir al día siguiente á ver al contraalmirante Deza, árbitro decisivo en la causa, y llevar á su ánimo el convencimiento íntimo, la prueba plena de la inocencia de Boy, aunque sólo fuera privadamente y en el secreto más profundo é inviolable.

Escuchábame ella muy conmovida, inclinada otra vez la cabeza sobre la labor, pareciendo á veces querer interrumpirme, decir algo que no osaba, que no se atrevía y que le bailaba, sin embargo, en los labios...

Mas sucedió que en aquel momento sonaron dos golpecitos en la puerta, y con el ansia con que el náufrago se ase á una

tabla, con la ciega desesperación con que el que se despeña se agarra á un clavo ardiendo, gritó ella prontamente y muy alto,

—*Entrez... Entrez, ma chère...*

Oí entonces reirse detrás del biombo y aparecieron, rodando uno detrás de otro, cuatro grandes ovillos de lana celeste iguales en todo á la de la labor que se hallaba comenzada encima de la mesa.

Entró luego riendo, en persecución de sus ovillos, una señora ni joven ni vieja, de porte distinguidísimo y al parecer extranjera. Sorprendióla desagradablemente mi inesperada presencia, y quiso recobrar al punto su continente serio y un poco tieso.

No le fué posible, sin embargo, porque la fuga de los ovillos, que se le habían caído en la puerta, nos había puesto á todos en movimiento, y hasta que éstos no fueron capturados y puestos en formación sobre la mesilla de costura, no hubo para nadie punto de reposo. Entonces, con mucha gravedad, nos presentó la Bureva:

—El Marqués de la Burunda... Lady Winter, Embajadora de Inglaterra...

Saludámonos ceremoniosamente como si nunca hubiéramos andado á gatas á caza

de ovillos, y sentándose la Embajadora en la butaquita vacía, púsose á trabajar en la labor comenzada, charlando al mismo tiempo hasta por los codos, con aquella amable jovialidad, un poco socarrona, propia de los ingleses en su trato íntimo, tan distinta de la sequedad y fría reserva, con frecuencia grosera, que se observa en ellos por la superficie.

El transcurso de la conversación púso-me de manifiesto los motivos de la presencia allí de la Embajadora, la fuga de los ovillos y la taimada astucia de la Bureva, por esta vez fallida.

Tenía Lady Winter sus cuartos en el hotel frente á frente de los de la Condesa de Bureva, su amiga de antiguo: en las largas horas de ocio propias de la vida de hotel, solían ambas señoras pasarse de cuarto á cuarto, y juntas distraían su aburrimiento leyendo, charlando ó entretenidas en delicadas labores propias de su sexo.

El día antes había comenzado Lady Winter á enseñar á la Bureva una de estas labores, en que era muy maestra, y concertaron reunirse todos los días en el cuarto de esta última, desde las tres de la tarde hasta la hora del paseo. Faltó á la inglesa

aquel día la lana para su labor; fué á su cuarto por ella, y en aquel momento llegué yo y pasé mi tarjeta.

No se atrevió á negarse la Bureva; mas juzgando que su amiga no tardaría en volver, y que su presencia la pondría á cubierto de las indagaciones y preguntas que de mí sospechaba y temía, no vaciló en recibirme.

Retuvo, sin embargo, á Lady Winter no sé qué importuno, y dióme tiempo á mí, si no de exponer por completo mi idea, de despertar al menos en el ánimo de aquella mujer el temor y el remordimiento, que habían de impulsarla á evitar en lo posible las consecuencias de aquel mal, de que allá en su origen era ella misma cómplice...

Y estoy seguro de que lo logré en efecto, porque yo vi por un instante al remordimiento, sombrío y aterrador, empañar aquellos ojos negros y duros como el azabache mismo, y crispar aquellos labios desdeñosos en que pugnaba por asomar algo triste, algo desgarrador, no sé si queja, sollozo ó promesa...

Mas el miedo y el egoísmo triunfaron al fin, arrollando con ímpetu de vendaval aquellas sanas y debidas ansias; y ya he

dicho cuán prontamente se agarró á la presencia de su amiga y se abroqueló tras ella, á fin de no tener que dar una respuesta negativa que dejase ver su falta de corazón, ó una afirmativa que la comprometiese á ella.

Todo esto lo comprendía yo muy bien; pero lo que me tenía absorto y perplejo y no acertaba á explicarme, era cómo aquel diablo de mujer, á quien había yo visto, momentos antes, aplastada bajo el peso de aquellas terribles emociones, reía ahora y charlaba con Lady Winter con tanta naturalidad y gracia.

Hablaban ambas señoras en francés muy puro y correcto, y eran los tópicos de su conversación esas mil frívolas insustancias que suelen constituir la charla de las mujeres, dejando siempre un hueco para esgrimir la tijera con más ó menos saña, por aquello de Bretón:

«Por más que entre col y col  
Se puede meter un poco  
De amable murmuración.»

Y como si se empeñasen ambas en hacerme tomar parte en la conversación, diri-

gíanme á cada instante la palabra, cariñosa y expresiva la Bureva, como si hablase á un íntimo amigo; algo más circunspecta Lady Winter, pero dejando adivinar un carácter más alegre y expansivo de lo que se hubiera supuesto en una Embajadora de Inglaterra.

Pidió ésta á la Bureva la labor que hacía, para examinarla como maestra: dióselo la discípula con un cómico gesto de niña des aplicada, y al fijarse en ella Lady Winter, soltó un «¡oh!» gutural y clásicamente británico y rompió á reír á carcajadas. Después dijo en español chapurrado, siempre riendo:

—¡Pero esto está muy mal querida!... ¿Lo ha hecho usted en un ataque de nervios?... Los puntos están *flogos* y muy distanciados... Es lo que dicen los *ñinos* de este país:

«Entre puntada y puntada  
Cabe un viejecita sentada.»

—¡Muy mal, querida, *trés mal!* *Il faut recommencer!*...

Y tirando del hilo deshizo fácilmente todo lo que la Bureva había hecho durante su conversación conmigo, que bien equi-

valía á un ataque de nervios. Al decir esta frase Lady Winter, sin ninguna malicia, hábame mirado la Bureva sonriendo imperceptiblemente y dejándome atónito y espantado ante aquel abismo femenino, en cuyo fondo no veía la inexperiencia y superficial pesimismo de mis veinticuatro años, más que disimulo, doblez, egoísmo, frivolidad, perfidia... «¡Pérfida como la ola del mar!», había dicho de la mujer aquel gran Shakespeare, cuyas obras estaban allí sobre la mesa.

Un incidente inesperado vino á demostrarme, sin embargo, que en el fondo de aquel abismo había otra cosa más alta, más grande, más noble, que á todas las demás se sobreponía y debía anteponerse...

Abrióse con grande estrépito la puertecilla de escape que comunicaba con los cuartos interiores, y precipitáronse en el salón, llorando y regañando, dos preciosas criaturas de cuatro y seis años, que fueron á lanzarse en brazos de la Bureva.

Una, la mayor, que era un niño, intimidóse al encontrarse allí personas extrañas y permaneció silencioso y enfurruñado junto á la butaca de su madre; mas la otra, que era una niña, trepó como pudo sobre

las rodillas de ésta, y agarrándose á su cuello, siempre llorando, expuso allí su pleito...

Que Froilen quería llevarla á paseo á pie con Carlitos, y ella quería ir en coche con su madre y Lady Winter...

Enternecióse la madre y exclamó mimosamente:

—Sí, hija mía..., lo que tú quieras... Irás con mamá... Pero no llores, vida mía, no llores...

Y apretándola contra su regazo, mientras abrazaba al niño por el otro lado, mostrábelos á mí á hurtadillas de Lady Winter, con un gesto tan elocuente y sencillo; con una mirada tan desolada, tan humilde y suplicante y tan desesperada al mismo tiempo, que sentí conmoverse lo más hondo de mis entrañas; bajé la cabeza en señal de asentimiento, como comprendiéndolo todo, y no me eché á llorar allí mismo por decoro de mi bigote y porque estaba Lady Winter delante...

Y no nos dijimos más...

Al anoecer dí una vuelta por el Casino para enterarme de las noticias que corrían; varias supe de extraordinaria importancia. Dijéronme, en primer lugar, que aquella

mañana se había dictado auto de prisión contra Boy, lo cual era desgraciadamente cierto.

Decíase también que el Cuerpo de la Armada había decidido expulsarle de su seno, cosa que tuve desde luego por absurda y sin otro fundamento que alguna intención aviesa; porque siendo Boy estimadísimo entre sus compañeros, difícil era llegar á un extremo semejante sin un motivo más que probado y razonado.

Nadie, sin embargo, sabía dar cuenta del paradero de Boy, y en esto dividíanse las opiniones. Creían unos que desde el primer instante en que se vió comprometido, había huído al extranjero, y opinaban otros que al saber la decisión de expulsarle de la Marina, habíase anticipado á ella pegándose un tiro...

Este era el temor siniestro, el fantasma trágico que se me presentaba á cada momento en la imaginación, y que yo procuraba repeler, y repelía en efecto, con espanto, con horror, pero no con razones!...

Jamás había observado en Boy muestra alguna de impiedad; nunca le oí la más insignificante palabra contra las cosas de Dios, ni de la religión, ni de sus ministros;

pero tampoco había visto en él la fe profunda, la religiosidad honda y sincera, única que en ciertos casos extremos puede apartar al hombre desesperado y enérgico, del anticristiano suicidio.

Absorto en tan siniestros pensamientos volví á mi casa ya bastante entrada la noche; extrañóme encontrar en la puerta á Celestín charlando con el portero, pues tenían prohibido rigurosamente mis tíos formar tertulia de criados en el zaguán, como sucede en otras casas menos ordenadas y correctas.

Al verme llegar Celestín, salióme al encuentro y me dijo en francés muy rápidamente:

—Venga el Sr. Marqués por la otra puerta...

—Pues ¿qué hay?

—Que ha venido el Sr. Conde y le está aguardando...

La sangre toda me refluyó al corazón, y apreté el paso preguntando ansiosamente:

—¿Hace mucho?...

—Hace más de hora y media... Llegó por la puerta del torreón y le hice pasar al cuarto del señor Marqués sin que le viera nadie.

Subí á saltos la escalera y crucé mis cuartos todos rápidamente sin encontrar á nadie. Llegué á mi alcoba, que estaba muy iluminada...

Allí estaba Boy tendido en mi cama, durmiendo con tanta tranquilidad y reposo como si acabase de salir de un baile. Estaba liado en el mismo *plaid* escocés mío en que se envolvió en aquella funesta madrugada, y tenía á los pies un gran levitón de lacayo, verde aceituna, que sin duda le había servido de disfraz para llegar á mi casa.

Dormía tan profundamente, que para despertarle tuve que tirarle de un brazo, gritándole con toda la vehemente emoción de mi cariño, de mi angustia, de mi sobresalto:

—¡Boy!... ¡Boy!... ¡Boy!...

Abrió él los ojos pesadamente; sentóse en el borde de la cama, medio dormido todavía, y dijo restregándose los ojos:

—¿Qué demonio de hombre más pesado!... ¿Á qué viene ese alboroto?... ¡Cualquiera diría que me había muerto, y que me veías resucitado!...

